



## **La capacidad alemana para pagar reparaciones 1919**

Es evidente que la capacidad de la Alemania de preguerra para pagar un tributo anual al extranjero se ha visto disminuida por la pérdida casi total de sus colonias, de sus relaciones ultramarinas, de su marina mercante y de sus propiedades en el extranjero; por la cesión del 10 por 100 de su territorio y de su población; de un tercio de su carbón y de tres cuartos de su mineral de hierro; por la muerte de dos millones de hombres en la mejor edad de la vida; por el hambre de su pueblo durante cuatro años; por la carga de una gran deuda de guerra; por la depreciación de su circulación a una séptima parte de su valor anterior; por la desagregación de sus aliados y sus territorios; por la revolución en el interior y el bolchevismo en sus fronteras, y por toda la ruina inconmensurable de vigor y de esperanzas de cuatro años de una guerra agotadora y una derrota final.

Supone uno que todo esto es evidente, y, sin embargo, la mayor parte de los cálculos de una gran indemnización por parte de Alemania dependen de la suposición de que está

en situación de realizar en el porvenir un comercio mucho mayor del que ha hecho en el pasado. (...)

Lleguemos en nuestros supuestos todo lo lejos que podamos, sin llegar a lo absurdo, y supongamos que, después de cierto tiempo, Alemania sea capaz, a pesar de la reducción de sus recursos, de sus instalaciones, de sus medios y de su potencia productiva, de aumentar sus exportaciones y disminuir sus importaciones hasta el punto de mejorar su balanza comercial en 100 millones de libras anuales, según los precios de preguerra. Tal arreglo lo tendría que utilizar primero para liquidar la balanza comercial adversa, que en los cinco años anteriores a la guerra era, por término medio, de 74 millones de libras; pero vamos a suponer que, concedido esto, le queda un saldo comercial favorable de 50 millones de libras al año. Doblando éste para dar cabida al aumento de los precios de la preguerra, tenemos una cifra de 100 millones de libras. Teniendo en cuenta los factores políticos, sociales y humanos, así como los puramente económicos, dudo que se pueda obligar a Alemania a pagar esta suma anualmente durante un período de treinta años; pero no es un absurdo asegurarlo o esperarlo.

Tal cifra, que permite un 5 por 100 de interés, y un 1 por 100 de devolución del capital, representa una suma que tiene un valor actual de 1.700 millones de libras.

Llego, por tanto, a la conclusión final de que, admitiendo todos los procedimientos de pago, riqueza inmediatamente transferible, propiedad cedida y tributo anual, 2.000 millones de libras es la cifra máxima exacta de la capacidad de Alemania para pagar. No creo que, dadas todas las circunstancias actuales, pueda pagar tanto. (...)

Los que creen que Alemania puede hacer un pago anual de cientos de millones de libras esterlinas son los que deben decir en qué mercancías concretas creen que se podría hacer este pago y en qué mercados se van a vender esas mercancías. Mientras no lo especifiquen y no sean capaces de dar algún argumento tangible en favor de sus conclusiones, no merecen ser creídos. (...)

Y si se replica que no hemos concedido nada para el descenso del nivel de vida y de bienestar en Alemania, que puede razonablemente imponerse al enemigo derrotado, aún habría un engaño fundamental en el modo de calcular. Un excedente anual aplicable a inversiones interiores sólo puede convertirse en un excedente aplicable a la exportación al extranjero con un cambio radical en la clase del trabajo realizado. Puede ser un trabajo aplicable y eficaz para los servicios domésticos en Alemania y no encontrar

salida para el comercio exterior. Y volvemos al mismo problema que se nos presentó en nuestro examen del comercio de exportación: ¿En qué comercio de exportación encontrará el trabajo alemán una salida considerablemente aumentada? No se puede llevar al trabajo por nuevos caminos más que con pérdidas de productividad y con un gran gasto de capital. El excedente anual que el comercio alemán puede producir para mejoras importantes en el interior, no es medida, ni teórica ni prácticamente, del tributo anual que puede pagar en el extranjero.

No puedo dejar este tema como si el modo justo de tratarlo dependiera por completo o de nuestros propios compromisos o de hechos económicos. La política de reducir a Alemania a la servidumbre durante una generación, de envilecer la vida de millones de seres humanos y de privar a toda una nación de felicidad, sería odiosa y detestable, aunque fuera posible, aunque nos enriqueciera a nosotros, aunque no sembrara la decadencia de toda la vida civilizada de Europa. Algunos la predicán en nombre de la justicia. En los grandes acontecimientos de la historia del hombre, en el desarrollo del destino complejo de las naciones, la justicia no es tan elemental. Y si lo fuera, las naciones no están autorizadas por la religión ni por la moral natural a castigar en los hijos de sus enemigos los crímenes de sus padres o de sus jefes.

John Maynard Keynes, "Las consecuencias económicas de la paz",

## **Las consecuencias económicas de la paridad de la libra esterlina 1925**

Por tanto, nuestros problemas no se deben ni a la depresión mundial ni a la disminución del consumo interior. Su causa es evidente. Se trata de una cuestión de precio relativo, aquí y fuera de aquí. Los precios de nuestras exportaciones son demasiados altos en el mercado internacional. Sobre esto no existen diferencias de opinión.

¿Por qué son demasiado altos? (...) Sabemos que, de hecho, el valor de la esterlina en el extranjero ha aumentado en un 10 por 100, mientras que su poder adquisitivo sobre el trabajo británico no ha cambiado. Esta alteración del valor exterior de la esterlina ha sido un acto deliberado del gobierno y del canciller del Exchequer, y

las actuales dificultades de nuestras industrias de exportación don la consecuencia inevitable y previsible de aquél.

La política de aumentar el valor del cambio exterior de la esterlina, acercándolo a su valor de anteguerra en oro, hasta un 10 por 100 por debajo de éste, significa que siempre que nosotros vendamos algo al extranjero, o el comprador extranjero tiene que pagar un 10 por 100 más en su moneda o nosotros tenemos que aceptar un 10 por 100 menos en nuestra moneda. Es decir, tenemos que reducir nuestros precios en esterlinas para el carbón, el acero, los fletes marítimos, o lo que sea, en un 10 por 100, a fin de estar a un nivel competitivo, a menos que los precios suban en otra parte. Así, la política de variar al cambio en un 10 por 100 implica una reducción del 10 por 100 de los ingresos en esterlinas de nuestras industrias de exportación.

Ahora bien, si estas industrias vieran que sus gastos en salarios, transporte, intereses y cualquier otro concepto también se reducían simultáneamente en un 10 por 100, podrían permitirse la reducción de sus precios y no estarían peor que antes. Pero, por supuesto, esto no sucede. Dado que ellas utilizan, y sus empleados consumen, toda clase de artículos producidos en el país, les resulta imposible reducir sus precios e un 10 por 100 a menos que los salarios y gastos en la generalidad de las industrias nacionales se hayan reducido en un 10 por 100. Entretanto, las industrias de exportación más débiles se ven llevadas a la bancarrota. A falta de una disminución del valor del oro, nada puede restablecer su posición excepto una baja general de todos los precios y salarios interiores (...)

No puede esperarse que las clases trabajadoras entiendan mejor que los ministros del gabinete lo que está sucediendo. Los primeros en ser atacados se enfrentan con una disminución de su nivel de vida, porque el coste de la vida no descenderá hasta que todos los demás hayan sido atacados con éxito también; y, por lo tanto, están justificados en su propia defensa. Tampoco se puede garantizar a las clases que han sido sometidas en primer lugar a una reducción de salarios monetarios, que ésta será compensada más adelante por medio de una baja correspondiente en el coste de la vida y que no aumentará el beneficio de alguna otra clase. Por tanto, están obligadas a resistir tanto como puedan, y ello puede ser la guerra, hasta que los económicamente más débiles estén por los suelos. (...)

Si Churchill hubiera restablecido el oro fijando la paridad por debajo de la de anteguerra, o si hubiese esperado hasta que nuestros valores monetarios se ajustaran a la paridad de anteguerra, entonces estos argumentos particulares no tendrían fuerza. Pero

haciendo lo que hizo en las circunstancias de la pasada primavera, estaba justamente provocando el problema. Porque se estaba exponiendo a una bajada obligada de los salarios monetarios y de todos los valores monetarios, sin ninguna idea de lo que tenía que ocurrir. ¿Por qué hizo una cosa tan disparatada? (...) Churchill pidió al Comité Monetario del tesoro que le asesorase en estas materias. En su discurso presupuestario declaró que su informe "contiene una enumeración razonada de los argumentos que han convencido al Gobierno de su Majestad". Sus argumentos -si sus dudosas e insípidas meditaciones pueden calificarse de tales están ahí para que los lea quien quiera. Lo que debían haber dicho, pero no dijeron, puede expresarse como sigue: (...) Si creen que las ventajas del patrón oro son tan significativas, y si creen que es tan urgente estar preparados para correr el riesgo de una gran impopularidad y para desarrollar una acción administrativa severa en orden a asegurarlas, el curso de los acontecimientos será probablemente como sigue.

Para empezar, se producirá una gran depresión en las industrias de exportación. Esto, en sí mismo, será saludable, dado que producirá una atmósfera favorable a la reducción de salarios. El coste de la vida disminuirá un poco. Esto también será provechoso, porque les dará un buen argumento a favor de la reducción de salarios. Sin embargo, el coste de la vida no disminuirá lo suficiente y, en consecuencia, las industrias de exportación no podrán reducir suficientemente sus precios, hasta que los salarios hayan bajado en las industrias protegidas. Ahora bien, los salarios no bajarán en las industrias protegidas, simplemente porque hay desocupación en ellas. Esto se hará por medio de restricciones de crédito. Mediante dichas restricciones, vía Banco de Inglaterra, ustedes pueden intensificar deliberadamente la desocupación hasta el grado necesario, hasta que los salarios bajen. Cuando el proceso haya terminado, el coste de la vida también habrá disminuido; y, con suerte, estaremos precisamente en el punto en el que nos encontrábamos al empezar.

Debemos advertirles, aunque tal vez sea salirnos un poco de nuestra propia esfera, que no será políticamente bueno admitir que están intensificando deliberadamente la desocupación para reducir los salarios. Así, deberán imputar lo que está sucediendo a cualquier causa concebible, excepto a la verdadera. Estimamos que pueden transcurrir aproximadamente dos años antes de que puedan pronunciar con tranquilidad en público una sola palabra de la verdad. Al cabo de este tiempo pueden estar fuera del departamento, o el ajuste, de una manera o de otra, se habría producido.

## **La Gran Depresión diciembre de 1930**

El mundo ha tardado en percatarse de que este año estamos viviendo en la sombra de una de las mayores catástrofes económicas de la historia moderna (...). En los tres países industriales más importantes del mundo -Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania- 10 millones de trabajadores permanecen ociosos. Apenas hay una industria importante en cualquier parte que obtenga suficientes beneficios para expansionarse, lo que es la prueba del progreso. Al mismo tiempo, en los países de producción primaria el producto de las minas y de la agricultura se está vendiendo, en el caso de la mayoría de las mercancías importantes, a un precio que para muchos o para la mayoría de productores no cubre sus costes. (...)

Sin embargo, los recursos de la naturaleza y los recursos humanos serían, durante todo este tiempo, tan fértiles y productivos como lo eran antes. El mecanismo se habría atascado, simplemente, como resultado de un desorden. Pero el hecho de que tengamos problemas con la batería no nos debe hacer suponer que el automóvil no sirve y que es preciso volver al tranvía de caballos.

Tenemos problemas con la batería. Entonces, ¿cómo podemos arrancar de nuevo? Examinemos los acontecimientos de un modo retrospectivo:

1. ¿Por qué están parados trabajadores y plantas? Porque los industriales no esperan poder vender sin pérdida lo que se produciría si estuvieran empleados.
2. ¿Por qué los industriales no pueden esperar unas ventas sin pérdida? Porque los precios han disminuido más que los costes; en efecto, los costes han disminuido muy poco.
3. ¿Cómo puede ser que los precios hayan disminuido más que los costes? Porque los costes son lo que un hombre de negocios paga por la producción de su mercancía, y los precios determinan lo que recupera cuando la vende. Es fácil de comprender que puedan no ser iguales, precios y costes, en el caso de un negocio individual o de una mercancía determinada. Pero ¿no es cierto para la comunidad, como un conjunto, que los hombres de negocios recuperan la misma cantidad que pagan,

¿Porque lo que ellos pagan en el curso de la producción constituye las rentas del público que paga a los hombres de negocios a cambio de sus productos? Porque esto es lo que entendemos por ciclo normal de producción, cambio y consumo.

4. ¡No! Desgraciadamente esto no es así; y aquí está la raíz del problema. No es cierto que lo que los hombres de negocios pagan como costes de producción vuelva necesariamente a ellos como ingreso de lo que ellos producen. La característica de una fase de prosperidad es que sus ingresos exceden a sus costes; y la característica de una depresión es que sus costes exceden a sus ingresos. Además, es un error suponer que ellos pueden restablecer necesariamente el equilibrio reduciendo sus costes totales, reduciendo su producción o la remuneración; porque la reducción de sus gastos, al reducir el poder adquisitivo de los perceptores de ingresos que son también sus clientes, puede disminuir sus ingresos en una medida aproximadamente igual.
5. Entonces, ¿cómo puede ser que los costes totales de producción en los negocios del mundo, en su conjunto, puedan no ser iguales a los ingresos totales? ¿De qué depende la desigualdad? Creo que conozco la respuesta. Pero es demasiado complicada y poco familiar para exponerla aquí de un modo satisfactorio (...). Por lo tanto, debo ser algo esquemático.

Tomemos, ante todo, los bienes de consumo que van al mercado para la venta. ¿De qué dependen los beneficios (o pérdidas) de los productores de tales bienes? Los costes totales de producción, que son la misma cosa que los ingresos totales de la comunidad contemplados desde otro punto de vista, se dividen en una cierta proporción entre coste de bienes de consumo y coste de bienes de capital. Las rentas del público, que son de nuevo la misma cosa que los ingresos totales de la comunidad, se dividen también en cierta proporción entre gasto en la compra de bienes de consumo y ahorros. Ahora bien, si la primera proporción es mayor que la segunda, los productores de bienes de consumo perderán dinero; porque sus ingresos, que son iguales al gasto del público en bienes de consumo, serán menores (como lo muestra una breve reflexión) que lo que les ha costado producir estos bienes. Si, por el contrario, la segunda proporción es mayor que la primera, entonces los productores de bienes de consumo obtendrán ganancias excepcionales. De lo cual se deduce que los beneficios de los productores de bienes de consumo sólo pueden restablecerse o porque el público gaste una mayor proporción de sus recursos en tales bienes (lo que significa ahorrar menos), o porque una mayor

proporción de la producción tome la forma de bienes de capital (dado que esto significa una producción menor proporcionada a los bienes de consumo).

Pero los bienes de capital no se producirán en una escala mayor a menos que los productores de tales bienes estén obteniendo un beneficio. Así llegamos a nuestra segunda cuestión: ¿de qué dependen los beneficios de los productores de bienes de capital? Dependen de si el público prefiere mantener sus ahorros líquidos en forma de dinero o su equivalente, o emplearlos para comprar bienes de capital o su equivalente. Si el público se muestra reacio a comprar los últimos, entonces los productores de bienes de capital sufrirán una pérdida; en consecuencia, se producirán menos bienes de capital, con el resultado de que, por las razones que antes se han dado, los productores de bienes de consumo también experimentarán una pérdida. En otras palabras, todas las clases de productores tenderán a sufrir una pérdida; y sobrevendrá el desempleo general. En este momento se cerrará un círculo vicioso y, como consecuencia de una serie de acciones y reacciones, las cosas irán cada vez peor hasta que suceda algo que permita invertir la tendencia.

Esta es una descripción excesivamente simplificada de un fenómeno complejo. Pero creo que contiene la verdad esencial. Pueden sobreponerse muchas variaciones, fugas y orquestaciones, pero la melodía es esta. Entonces, si estoy en lo cierto, la causa fundamental del problema es la falta de iniciativas debida a un mercado que no motiva la inversión de capital.

J.M. KEYNES, "La gran depresión de 1930"  
(publicado el 20 y 27 de diciembre de 1930) en Ensayos de persuasión, op. cit., pp. 134-139